

Inti: Revista de literatura hispánica

Volume 1 | Number 12

Article 15

1980

Cuento

Lida Aronne-Amestoy

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>



Part of the [Fiction Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), [Modern Literature Commons](#), and the [Poetry Commons](#)

Citas recomendadas

Aronne-Amestoy, Lida (Otoño 1980) "Cuento," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 12, Article 15.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss12/15>

This Creación: Cuentos is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact elizabeth.tietjen@providence.edu.

CAMINO DE LA OSTRA

Había comenzado a segregaría al despertar, sin darse cuenta, mientras se metía en las medias de lana y apilaba la antología de poetas románticos sobre el cuaderno de apuntes y el folio de los trabajos prácticos. Había ocurrido así, impremeditado y fácil, como los caracoles; muchas eran palabras familiares, su estilo tímido de puente, su caricia, aunque

- No seas agresiva - decía Elio.

- Pero si te estoy amando, tonto - decía Liza.

A veces, muchas más veces, era al revés y lo mismo:

- Te quiero que me quieras - decía Liza con todo el cuerpo.

- ¡No podes controlarte un poco! - decía Elio -. Uno no puede meterse entero en cada cosa que hace.

Y caminaban tomados de las puntas de las manos hasta la entrada de la Facultad, quince cuabras de diálogo cada mañana hasta mañana, dos voces ajenas entre voces ajenas que

pronto no pudo distinguir. Las palabras propias se apretujaban entre otras, los millares que provenían de la calle, de los libros, de las clases, de la cotidiana traición de la mentira,

- Como error es perdonable - decía Liza -, puesto que somos amigas.

- Migas - decía Ana.

- Gas - decía Mercedes.

La charla duraba el sandwich del almuerzo y la sesión de estudio de la siesta. Se reunían para preparar los temas del cuarto año de Letras como habían hecho siempre, hasta que reabría el comercio. Liza acariciaba su tristeza como a un gorrión arrancado del nido por un viento prematuro, y pensaba que el diálogo de los hombres tenía que darse por muy contento cuando se desvanecía en eco, cuando al menos lograba evitar la ignominia de bifurcarse y morir en los pantanos sordos,

los monólogos paralelos con los que la gente cree hablarse. Al principio pareció un juego, uno más de los careos verbales que a diario pasan por comunicación; fue casi otra esperanza fugaz,

- ¿Tiene una monedita, chica?

Le dio unas monedas al niño roto que lustraba en la esquina de la farmacia, como todas las tardes. Lo miró correr haciéndolas bailotear y ritmar sobre la palma triste de betún y de hambre, como todas las tardes. Lo vio volver del quiosco, pelando su caramelo, y pasar a su lado sin mirarla, como todas las tardes.

Moneda-caramelo, sentía el chico.

Moneda-beso, sentía Liza, asombrada de haber fallado otra vez, preguntándose dónde estaba el error que obligaba a recaer en

la pesadilla habitual, el engima que era preferible ignorar. En algún momento se sorprendió de que las palabras no se esfumaran como de costumbre. Con terror descubrió que se le estaban adhiriendo al cuerpo, como una secreción costrificada. Intentó despegarla pero apenas consiguió desgarrarse las uñas y multiplicar el flujo del miedo a las nuevas bocas de la herida. Entonces (siempre era así), se resignó a dejarla crecer. Jugó a ayudarla: se pasó la tarde sin abandonar su empeño, segregando, contemplando las mariposas muertas de sus pensamientos, que eran nombres, que eran ella, calcinarse sobre su piel. Un principio de rigidez en las articulaciones le hizo temer. Tuvo deseos de volver atrás, de salir de la peligrosa cárcel de sí misma. En un esfuerzo olvidado se atrevió a mostrar su dolor, acaso alguien comprendiera y llegara a tiempo, acaso hubiera alguien capaz de ayudarla desde fuera, alguien que adivinara su impotencia para quebrar la costra del lenguaje, que era la costra del miedo, alguien que la tocara por fin con una palabra verdadera, viva como la carne. Acaso esa mujer tan parecida a los retratos de su madre que ahora

- Buenas tardes - dijo Liza haciendo cantar los precios en la registradora de la farmacia mientras el dueño entregaba el paquetito y se ocultaba en su laboratorio.

- Buenas noches - dijo la Sra. Núñez, que tenía ftofobia y usaba anteojos ahumados a toda hora y en todo lugar.

- Lo siento, ha subido el precio otra vez - dijo Liza con pena, esperando otro billete y mirando de reojo hacia la puerta del laboratorio.

- Lo que ha bajado es el peso - dijo la Sra. Núñez, que estaba casada con un senador de la oposición -. Y yo no lo siento. Se lo merecen.

- Su vuelto - dijo Liza -. De todos modos su salud merece el gasto.

- Lo que no merece el gasto es este mundo - dijo la Señora Núñez - ni la gente como ustedes -

cerró de pronto la puerta y la costra de un golpe. Era inevitable, entonces, se dijo. No había tal palabra. No había alguien capaz de adivinar y decirla. El lenguaje era la costra y sólo la costra, y había que acabar con él, para siempre, aunque costara inmolarse, aunque el precio fuera ella misma, cordero que quitas la costra del mundo. Trabajó para hacer lugar a todas las palabras sobre su piel. La clave era adueñarse del léxico, de todos los léxicos, para hacerlos arder con su carne llagada, hasta la piedra. El ardor quemaría para siempre los ardores del engaño,

- Porque después de todo ¿quién le teme a Virginia Wolf? - dijo Liza.

- Virginia Woolf - dijo Dino a los demás estudiantes de la mesa, mientras pasaba el pan por la grasa anaranjada del guiso - es una famosa novelista inglesa precursora de la técnica del fluir de la conciencia -

si, del fluir de la conciencia. Y la maldita pared del pensamiento. Así, por fin los hombres quedarían liberados para siempre de esa ilusión pegajosa que brota de la boca como baba, prometiendo ser puente, pero que se infla nube, se congela cárcel, se enreda laberinto, se estrella grito contra su propia sordera. Al sentir que empezaban a adherirse a los ojos se desdijo, deseó otra vez, una última vez, que su sacrificio no fuera necesario. Fue en vano, era tarde,

- Hoy ese farmacéutico cretino te cargó horas extras, por lo visto -dijo su padre apagando el televisor. No se veían más que a esa hora, desde que quedaran solos diez años atrás.

- Papá - dijo Liza.

Espero que te hayan dado mejor cena en el Comedor Universitario, al menos - dijo su padre llenando el vaso de agua que siempre llevaba al acostarse -. Te ves muy cansada.

- Papá - dijo Liza.

- Cuando duermas se te pasará - dijo su padre -. Hasta mañana. Ya deberías haberte acostumbrado. A tu edad yo ya sabía que - dijo cerrando la puerta del dormitorio - era inútil esperar nada de nadie y

era inútil pedir, llamar a estas horas. No quedaba nada sino continuar, con mayor seguridad ahora que la desesperanza era total. Luchó por arrancar las palabras desde lo más hondo de sí, para cerrar por Jin la concha rocosa sobre

sus ojos, para bloquear ese ínfimo rayo de luz que todavía filtraba hacia adentro, y estar a salvo, para siempre a salvo dentro de su burbuja de silencio, libre y en paz, ella y todos, libres porque ya nadie podría herirse jugando al diálogo que pide amor a oídos que entienden guerra, felices porque ya nadie leería odio donde alguien ha escrito miedo. Final del triste solo que se disfraza de ruidoso coro. Los dedos apenas consiguieron sellar la tapa sobre la burbuja de vidrio ahora vacía y la abandonaron sobre las arrugas del cubrecama, junto al cuerpo cada vez más quieto, como dormido. Sintió que le costaba desprender la última palabra, acaso porque se extinguía su fuerza. Honda y caliente en el fondo de su garganta, parecía al mismo tiempo enorme e incorpórea, como si fuera ella misma. Estuvo por abandonarse y dejarla allí, pero la necesitaba para ocluir la chispa que todavía se empecinaba en violar su refugio. Espiró con trabajo para arrancarla de sí, y entonces creyó sentir que el corazón de todos los, hombres de la tierra se desgarraba y la vida se escurría, roja, por la escala frustrada de la galaxia. Era

- Una chica buena y sin problemas - dijo su padre -. No entiendo ni este manuscrito ilegible ni este frasco vacío, puede crearme.

- Es muy poca ayuda - dijo el juez -. Por desgracia todos sus amigos dicen lo mismo. En fin, tendrá que tener paciencia y esperar a que el perito averigüe sobre las costumbres de las ostras. Tal vez nos descifre esta historia y sepamos por qué quiso morir. De todo este nudo de palabras lo único que se lee más o menos es

la palabra dios.

Lida Aronne-Amestoy